



Paulo Freire

Alfabetizador que agita

Promovía una educación bohemia, alegre, del diálogo, la curiosidad y la esperanza. Perseguido porque creía que docencia y política no podían separarse, su Pedagogía del Oprimido sigue siendo considerada una biblia para los educadores.

Por Lucía Céspedes

Nació en Recife en 1921. Paulo Freire iba a llamarse Paulo Regulus, pero un error de tipeo lo registró como Reglus. Irónico para alguien que se dedicaría a romper las reglas, justamente, de la enseñanza, de la lecto-escritura y del lenguaje.

Él mismo aprendió a leer y escribir sin abstracciones, sin deletrear ni silabear, jugando en su patio de tierra, a la sombra de los mangos. Pero la crisis económica del '29 pegó fuerte en el nordeste de Brasil, y entre mudanzas y hambre tuvo que suspender sus estudios. Recién a los 16 años entró a la secundaria, y a los 20 empezó a estudiar Derecho en la Universidad de Recife.

Igual, abogado, lo que se dice abogado, nunca fue. Se dedicó a enseñar portugués. Algo importante considerando que en ese momento saber leer y escribir era requisito para poder votar en las presidenciales de Brasil, pero gran parte de la población era analfabeta. Lo que Freire observó es que tenía poco sentido hacer recitar de memoria "ruedan por barro y por tie-

rra las ruedas del ferrocarril", porque el alumno iba a tener una pronunciación excelente pero nunca se iba a preguntar quién era el dueño del ferrocarril, quién alisaba el barro y la tierra y quién cobraba el boleto. Y hacerse esas preguntas era fundamental para romper con la opresión imperante.

En 1962 Freire tuvo la primera oportunidad seria de poner a prueba sus ideas. A través de un programa del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Recife, 300 trabajadores azucareros aprendieron a leer y escribir en 45 días. Con este logro empezó a ser criticado por sectores conservadores, porque toda esa educación dialéctica y dialógica sonaba a agitación política. Y tenían razón. Freire no separó la educación de la politización, ni la reflexión de la práctica. Ambas instancias se concebían como complementarias e indispensables para alcanzar una verdadera pedagogía crítica, que permitiera liberar tanto al explotado como al explotador.

Después del exilio

Brasil sufrió un golpe militar en 1964; y cuando logró salir de la cárcel, Freire tuvo que exiliarse en Bolivia primero, en Chile después. Toda esa

experiencia cristalizó en *Pedagogía del oprimido*, su primer libro con proyección internacional, y su igualmente exitosa secuela *Pedagogía de la esperanza*. Después vendrían las clases dictadas en la Universidad de Harvard, las campañas de alfabetización en África, los múltiples doctorados honoris causa, y, en 1980, su regreso definitivo a Brasil, de donde no se iría hasta su muerte en 1997.

Freire se definió como un hombre de su tiempo, a lo que podríamos agregar y de su espacio, porque ese espíritu tropical cultivado desde pequeño lo acompañaría siempre. En 1994, cuando le preguntaron acerca de sus proyectos para el inminente nuevo milenio, Freire contestó que pensaba recibirlo dando alguna entrevista para televisión o tomándose una buena *cachaça*. Luego reafirmó su compromiso con una pedagogía bohemia, alegre, del diálogo y la curiosidad. Pero primero la *cachaça*.